

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

Ciclo A

Ac 2,1-11 + 1 Co 12,3-13 + Jo 20,19-23



El acontecimiento de Pentecostés.

Forma una unidad con la Pascua de Jesús que estamos celebrando. El Cristo resucitado, que ha sido crucificado, es el que *“exhaló su aliento sobre ellos (los discípulos) y les dijo: Recibid el Espíritu Santo”*. Y así, lo mismo que Jesús, se sientan enviados al mundo por el Padre Dios.

Todo esto, según el evangelio que acabamos de proclamar, acontece el primer día de la semana. El día que comienza la nueva semana, la eterna semana en la que todo va a ser posible porque Jesús ha superado las barreras de la muerte y ha vencido al que trataba de llevar a cabo el plan del poder que desune, del aprovechamiento individualista e incapaz de poner al servicio de todos aquellos dones que cada uno ostenta.

Todo lo que se ha realizado en Jesús de Nazaret y el Espíritu Santo lo va a hacer posible también en ese pequeño grupo de mujeres y de discípulos que han estado encerrados en el cenáculo por miedo a los judíos; aunque también Jesús les había dicho que no saliesen de Jerusalén, que iban a recibir el Espíritu Santo, el Espíritu que les iba a revelar todo.

La comunión eclesial, fruto del bautismo en el Espíritu.

En todos los relatos pascuales de los evangelios y de los libros posteriores a la muerte y a la resurrección de Jesús están presentes, de una u otra manera, el Espíritu Santo y el grupo de creyentes, al que en un principio no se les llama cristianos sino seguidores de Jesús o de una nueva doctrina que está comenzando a difundirse por el imperio romano.

En los propagadores de esa nueva doctrina se percibía una paz profunda, como si todo en la vida lo tuvieran ya logrado y, por ello, fueran plenamente dichosos. Las personas que se adherían sinceramente, de corazón, a ese camino –o nueva forma de vida– recibían también el perdón de los pecados: el haber estado sirviendo a los dioses del imperio, incluido el emperador, o a los dioses de otras religiones.

El hecho de haber encontrado, con la fe en Jesús, la mayor aspiración humana: entender que el final de nuestra vida no está en la muerte, sino en la vida eterna y que esto, entre dudas y dificultades, lo podemos comenzar a vivir ya desde ahora, producía en las personas que les escuchaban tal admiración que se apuntaban a participar en ese grupo. Los domingos de Pascua hemos ido viendo que éstos eran los que se iban salvando.

Todos entendían el mensaje.

Éste es uno de los frutos que produce el Espíritu Santo en todos aquellos que lo acogen: el manifestar con tal fuerza lo que se cree y lo que se espera que, aunque los que escuchan el mensaje del Reino sean distintos por su raza, por su lengua, por su condición social, todos son capaces de entenderlo.

Pero lo que realmente resulta asombroso en el relato de Pentecostés del libro de los Hechos de los Apóstoles es caer en la cuenta de que es el Espíritu quien realmente les hace perder el miedo a los judíos. La muerte de Jesús, que ellos consideraron el mayor fracaso de todo lo que con él habían soñado, les lleva a encerrarse y rezar a Dios al modo judío: para que les libre de seguir la suerte de su maestro.

Los discípulos, como todos nosotros, necesitaron ese fuego que les fuera quemando todas las dudas en las que se debatían. Aunque ellos ya habían experimentado la presencia de Jesús resucitado, precisaban un empujón para anunciar la Buena Noticia del Reino de Dios hasta los confines de la tierra.

Recibiendo la fuerza del Espíritu, comienzan a comunicar a todos los que quieren escucharles: el Padre Dios está a favor de todo hombre que pone en Él su confianza y quiere llevar un estilo de vida, como el de Jesús de Nazaret, haciendo el bien y curando toda clase de dolencias que va encontrando en su paso por la vida.

Los dones personales son para el bien común.

Para realizar esta misión contamos cada uno con unos dones que, comenzando por este regalo que es la fuerza del Espíritu para confesar a Jesús como nuestro único Señor, hemos de poner al servicio de toda la comunidad cristiana.

Cada miembro de la comunidad eclesial, insertado en una parroquia o movimiento apostólico posee unas cualidades concretas que los demás van conociendo, al ver cómo actuamos en la vida cotidiana, y acogiéndonos así en todo nuestro ser y nuestro quehacer.

Entre todos los que conformamos cada una de las comunidades cristianas y de los movimientos apostólicos, realizamos el discernimiento sobre lo que la comunidad y nuestros ambientes necesitan y sobre lo que cada miembro de los mismos podemos aportar.

Y según la vocación de cada cual, con la ayuda del Espíritu, vamos poniendo nuestros dones y carismas al servicio de todos para una mejor realización de la iglesia, que es sacramento de la salvación para el mundo.